

Estado y Explotación

por Enrique Gherzi

Las relaciones económicas entre los integrantes de una sociedad han fomentado la creciente reflexión en torno a algunos temas generales. Entre ellos, ciertamente, el más controvertido es el de la explotación.

Podríamos definirla como una apropiación indebida de los recursos, ganancias o trabajo de otros. El agente de la explotación puede estar consciente o no de su cometido, puesto que ella "es inherente a cierto tipo de relaciones económicas" —la estructura en términos más alambicados—. De ahí que la mayoría de los defensores del colectivismo y los profetas de proyectos utópicos tengan predilección por tratar el tema y atribuirlo a multitud de factores.

Uno de esos profetas, Karl Marx, ensayó la ya tradicional teoría de la explotación capitalista por la apropiación indebida de la plusvalía del trabajo. Ella sostiene que el empresario compra al costo el trabajo de los asalariados; éste es el determinado por las estrictas necesidades de supervivencia del obrero y de su prole. Acto seguido vende el producto del trabajo a un precio superior al que ha pagado por disponer de la mano de obra, apropiándose de la diferencia.

Valiéndonos de la distinción que hace Tocqueville entre Sociedades Civiles y Estados Políticos, podríamos afirmar que Marx atribuye a la Sociedad Civil, dominada por la burguesía, una labor de explotación por excelencia. En tanto que el Estado Político, instrumento hasta ahora del capital, podría cambiar de papel y convertirse, justa y transitoriamente, en el encargado de poner fin a tal apropiación.

Podemos afirmar que el convencimiento común de que el Estado Político no puede ser jamás explotador y que, por ende, le es legítimo intervenir para corregir los "desajustes del mercado", instituir el dirigismo contractual, aprobar presupuestos deficitarios, y desatar el envilecimiento monetario ha hecho en nuestro siglo más estragos que cualquier otra creencia. Se piensa —aún hoy y ello decepciona— que el Estado Político es mejor que los individuos y que por ser un ente colectivo no puede explotar, sino redimir a las personas.

El Estado Político no explota cuando se mantiene fiel a su propia naturaleza: garantizar la seguridad ex-

terna y guardar el orden interno. Pero cuando abandona sus tareas primigenias para emprender otras distintas adquiere todas las taras del explotador y ninguna de sus virtudes. Un estado gestor, el Welfare State, es el agente explotador por excelencia. Es explotador porque trabaja a pérdida, y lo que trabaja a pérdida extrae, puesto que no existe creación gratuita o espontánea de riqueza. El Estado Político extrae de la Sociedad Civil lo que necesita para solventar sus pérdidas, y eso es explotarla.

El Estado Político desempeña tareas industriales, interviene el desenvolvimiento de la vida contractual; reduce los atributos de la propiedad y aumenta progresivamente el tributo para solventar sus exorbitantes egresos. La inflación termina por afectar a la Sociedad Civil en su conjunto.

Cuanto más débil y menos desarrollada es ésta, más fuerte y proclive se encuentra a la explotación del Estado. De ahí que nuestros países sean, precisamente, los más explotados, no por el fantasma imaginario del imperialismo, sino por ese peligro interno que son el Estado y sus principales defensores burócratas y políticos (burócratas en potencia).

El empresario, el profesional y el trabajador se ven altamente perjudicados. El primero, debido a que no puede calcular sus costos correctamente. El segundo, porque carece de libertad para el desempeño de su profesión, debiendo someterse al dirigismo contractual y al "interés social". El tercero, puesto que no recibe remuneraciones decorosas, y las que recibe le son dadas en un signo monetario envilecido por la inflación. Es la inflación una manifestación tangible de la

explotación en el siglo XX. Recordemos que ésta es un fenómeno universal con un sólo origen: la emisión monetaria cuyo monopolio corre a cargo del Estado Político.

En nuestros tiempos la explotación, esa apropiación indebida de los recursos, ganancias o trabajos ajenos, tiene un agente y causante principal: el Estado. Liberarse de ella es, por consiguiente, liberar a los hombres de la opresión estatal, permitiendo que sea la autonomía de la voluntad personal el motor y el principio de la vida social. Un Estado gendarme, una sociedad liberal y una economía de mercado son los verdaderos ideales revolucionarios para el próximo siglo, así como la mejor garantía para proporcionar a los hombres mejores y más altos niveles de vida.